

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
¿Qué dice la Biblia de la pena de Muerte?	1
Bosquejos del Antiguo Testamento	11
Estudio del <i>Euangélion</i> en el N. T.	25
El momento de la presencia real en la Cena del Señor	30
Bosquejos para Sermones	33
Miscelánea	46
Sabía Vd.?	10, 24 y 32

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Estudio de **Euangélion** en el Nuevo Testamento

(Continuación)

C.

El evangelio efectúa todo esto, lo crea en el corazón humano, porque es *dynamis theoû* (potencia de Dios, Rom. 1:16). No son meras palabras vanas y carentes de efecto (1 Tes. 1:5). Ni puede una persona oírlo, o creerlo o rechazarlo a su antojo. Es una potencia viva y activa, la misma que creó el mundo y el hombre en seis días. Es poder regenerador que hace de Timoteo el hijo espiritual de San Pablo (1 Cor. 4:15). Dondequiera que se anuncie, allí está actuando el poder de Dios, mediante su Santo Espíritu (Efe. 1:13; 1 Tes. 1:5).

Esta potencia divina inherente en el evangelio es lo que demanda y obra la fe en los que lo oyen. La fe es la reacción al poder del evangelio (Kittel). Por eso dice San Pablo que la justicia de Dios es revelada en el evangelio *ek pisteos eis Pistin* (por fe, Rom. 1:17), y que es la potencia de Dios *panti toë pisteúonti* (a todo el que cree, Rom. 1:16). Evangelio y fe no se pueden separar. Esto mismo da a entender San Pablo cuando dice *miã psychaë synathloúntes taë pistei toû euangeliou* (luchando unánimes por la fe del evangelio, Fil. 1:27), porque es una fe que tiene su origen en el evangelio. Aquellos a quienes no es revelado, o a quienes queda escondido, son los perdidos que no creen (2 Cor. 3:3-4).

Esta fe obra regeneración y vida nueva (1 Cor. 4:15) porque justifica: "El que por la fe es justo, vivirá" (Rom. 1:17). La verdad de esto la demuestra San Pablo ampliamente en Romanos 3 y 4 y en Gálatas 3. El que cree, recibe la justicia de Dios mediante su fe (Rom. 3:22). Las grandes bendiciones de esta justicia las describe San Pablo de una manera magistral en Romanos 5 a 8. Son: paz con Dios, vida nueva, libertad de la ley, y la dirección del Espíritu Santo. El que profesa la fe y el evangelio de Cristo anda *eis hypakoanë pisteos* (para obediencia a la fe, Rom. 1:5). Esta obediencia no es libertad de disciplinas, sino que es una conducta aceptable delante de Dios, muy distinta de la que observábamos antes de que viniese la fe. Confesar el evangelio es sujetarse a él en el ejercicio del

amor (*epì taē hypotagāē taēs homologías hymoēn eis tò euangélion*, 2 Cor. 9:13-15; cf. Rom. 10:16). tal sujeción y amor son obrados por el evangelio. Y este mismo evangelio potente nos hace firmes en nuestra fe (cf. *estaékate*, 1 Cor. 15:1; Rom. 16:25), en plena convicción de nuestra salvación (cf. *plero-phoría pollaē*, 1 Tes. 1:5) y en bendita esperanza (*elpis*, Col. 1:5) para la vida eterna que el mismo evangelio prometió (Col. 1:23).

Puesto que este evangelio, esta palabra de verdad, ha de predicarse en *pantí kósmoe* (en todo el mundo, Col. 1:6; cf. Mar. 13:10; Mat. 24:14), también crea y forma el Cuerpo de Cristo, uniendo en una sola *koinoenía* (hermandad, Fil. 1:5) a todos los que creemos, en la cual hermandad el uno vive para el otro en amor (Col. 1:4, etc.). *Eīnai tà éthnae synklaeronóma syssoema kai symmétocha taē epangeliás en Christoū Iaesoū diá toū euangeliou* (que los gentiles son coherederos con los judíos, miembros de un mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús mediante el evangelio, Efe. 3:6). Por eso los creyentes se llaman *klaetoi hágioi Iaesoū Christoū* (llamados a ser santos de Jesucristo, Rom. 1:6-7). Y como son formados en hermandad del evangelio, también han sido llamados, congregados, iluminados y santificados (Lutero, 3º Artículo del Credo) para participar *eis tò euangélion* (en la extensión del evangelio, Fil. 1:5) y *en taē apología kai behaióesei toū euangeliou synkoinoenous mou* (en la defensa y confirmación del evangelio todos vosotros sois conmigo participantes, Fil. 1:7). ¡Qué glorioso privilegio de los que han sido creados y formados por el poder de Dios en el evangelio!

D.

Un mensaje que promete y aun crea tanta bendición no puede ser escondido. Si Cristo hizo testigos a sus apóstoles (Mar. 16:16; Mat. 28:20; Hch. 1:8) lo hizo con el fin de que predicasen el evangelio. "Testigos de mí", dijo Cristo; pero él es el evangelio, todo lo cual puede resumirse en una frase: *en Christoē* (en Cristo, Efe. 1 y 2). Se le confía el evangelio a uno para que lo proclame: "... según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos...", (1 Tes. 2:4). San Pablo se consideraba un deudor a sabios y

no sabios (Rom. 1:15; 1 Tes. 2:8). "Fui hecho ministro según la función divina que me fue dada en beneficio vuestro, para anunciar en su plenitud el mensaje de Dios..." (Col. 1:25-26; 1 Tim. 1:11). Y en un pasaje muy notable, el gran apóstol afirma:

"Pues si predico el evangelio, no tengo de qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad (*anánkae gár moi epíkeitai*); y ¡ay de mí si no predicare el evangelio!" (1 Cor. 9:16).

Por eso lo retiene (*katéchete*, 1 Cor. 15:2) y lo predica de buena gana (Rom. 1:15; cf. 2 Tim. 1:12), lo defiende (Fil. 1:7), y lo anuncia *en parraesía* (Efe. 6:19), especialmente *donde no ha sido predicado antes* (Rom. 15:20), a pesar de la oposición de los incrédulos (1 Tes. 2:2), a fin de que sea creído y los hombres se salven (Rom. 10:14-16). Por estar dedicado a esta obra, merece ciertos títulos de distinción: *doúlos* (esclavo) de Cristo Jesús (Rom. 1:1; 2 Cor. 4:5); *leitourgós* (ministro) de Cristo Jesús (Rom. 15:16); *oikónomos* (dispensador) de los misterios de Dios (1 Cor. 4:1); *hypaerétaes* (servidor) de Cristo (1 Cor. 4:1); *diákonos* (ministro, Col. 1:23, 25) *synergós* (servidor, 1 Tes. 3:2); *kaéryx* (heraldo, predicador), *apóstolos* (apóstol), *didáskalos* (maestro, 2 Tim. 1:11); y *euangeliastaés* (evangelista, Hch. 21:8).

Quizás habrán notado que en San Pablo la palabra *euangélion* cobra un sentido más amplio que buenas nuevas, al menos en ciertos casos. En 1 Cor. 9:14, 18 y Rom. 1:1, por ejemplo, la palabra se usa en un sentido doble, a veces para indicar *el contenido del evangelio*, y otras veces para indicar lo que podríamos expresar con *actividad de predicar el evangelio*. Habla de *en archaë toũ euangeliou* (en los comienzos de la predicación del evangelio, Fil. 4:15), y a los Corintios le dice que vino a Troas *eis tò euangélion* (para predicar el evangelio, 2 Cor. 2:12; cf. Rom. 1:1; Fil. 1:5; 2:22; y *en toẽ euangelioe*, 2 Cor. 10:14; Fil. 4:3). Demuestra este desarrollo de la palabra qué estrecha relación hubo entre el mensaje y lo que anunciaba, y la obra de su difusión. No lo podría retener sólo para sí.

Pero tal obra demanda mucho del evangelista. Demanda un espíritu de renunciamento:

“Y llamando (Jesús) a la multitud con sus discípulos, les dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá; y cualquiera que perdiere su vida por causa de mí y del evangelio (*héneken emoũ kai toũ euangeliou*) la salvará” (Mar. 8:34-35).

Tal actitud tuvo San Pablo, cuando estando enfermo, anunció el evangelio a los Gálatas (Gál. 4:13). Dijo: “Todo esto lo hago por causa del evangelio (*dià tò euangélion*), para ser hecho partícipe de sus bendiciones” (1 Cor. 9:23; cf. el pasaje maravilloso, Fil. 3:7-11).

Demanda también que soporte sufrimiento. Estando encarcelado, dijo San Pablo que estaba *en toĩs desmoĩs toũ euangelíou* (en mis prisiones por el evangelio, Filemón 13). Amonesta a Timoteo: *synkakopáthæson toẽ euangelíoe* (participa en los sufrimientos por el evangelio, 2 Tim. 1:8-9), expresión donde el sentido pasivo del verbo se refiere, según parece, a la maldad de otros que es necesario soportar con paciencia. De sí mismo dice: “Para este evangelio fui yo constituido predicador, apóstol y maestro, y por lo tanto padezco lo que padezco” (*kai taũta páschoe*, 2 Tim. 1:11). Y más adelante testifica: “Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, del linaje de David, conforme a mi evangelio, por el cual sufro trabajos y llevo grillos, a modo de malbechor. Mas la palabra de Dios no está engrillada (*kakopathoẽ méchri desmoẽn . . . , hólógos toũ theoũ ou dédetai*, 2 Tim. 2:8-9).

Todo esto está dispuesto a sufrirlo *hína maé tina enkopaèn doẽmen toẽ euangelíoe* (por no poner estorbo alguno al evangelio, 1 Cor. 9:12), es decir, para no estorbar la operación del evangelio en los corazones de sus oyentes, porque aun su encarcelamiento puede servir *eis prókopaèn toũ euangelíou* (para adelanto del evangelio, Fil. 1:12).

Esta actitud obra en San Pablo *katà dynamin theoũ* (según el poder de Dios, 2 Tim. 1:8. cf. Rom. 1:16), y para él es gozo, porque sabe que el evangelio es “. . . la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación” (Efe. 1:5; Col. 1:5). Es la verdad ciertamente, porque es *tdũ theoũ* (Mar. 1:14; Rom. 1:1, cf. 1 Tes. 2:2), y Dios no puede mentir (Tito 1:2). No

hay cosa más cierta y más provechosa que este evangelio. Por lo tanto lo califica de *hae alaëtheia toũ euangeliou* (la verdad del evangelio, Gál. 2:5, 14; Efe. 1:13). Interpreto esta frase así: La verdad se revela en el evangelio (genitivo subjetivo, cf. Col. 1:5), porque revela a Cristo, y él dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan 14:6, cf. "es la verdad en Jesús", Efe. 4:21). Para San Pablo, la centralidad de Cristo en el evangelio es indiscutible.

Entre paréntesis, se puede decir que *hae alaëtheia toũ euangeliou* usado en Gálatas 2:5 y 14 parece tener un significado especial. Aparentemente, San Pablo concibe el evangelio aquí como la verdad desde el punto de vista peculiar de su apostolado a los gentiles. Hace distinción entre *tõ euangéliou taës akrobystias* y *taës peritomaës* (el evangelio a los incircuncisos, . . . a los circuncisos, Gál. 2:7), aquél confiado a San Pablo, y éste a San Pedro. No como si fueran dos evangelios (cf. 1:6-9), sino que el evangelio tiene su énfasis peculiar según sea predicado a gentiles o a judíos. Creo que San Pablo percibe que los judíos no eran capaces de disfrutar de esta verdad del evangelio, que en el contexto de Gálatas se refiere a la libertad en Cristo. Esta libertad está inherente en el evangelio, en verdad, pero por haber sido criados bajo la ley de Moisés, hallaron ciertos impedimentos en el ejercicio de esta libertad; y ni aun pudieron concebir que fuese parte del evangelio. En cambio, los gentiles no se habían formado en ese molde, y gozaron de la plena libertad, la que San Pablo quiso conservarles (v. 5), no permitiendo ni aun a San Pedro introducir las limitaciones del evangelio *taës peritomaës*. El error de los judaizantes no era el de negar a Cristo, sino el de hacer de él un nuevo legislador, a modo de un nuevo Moisés. Esto demuestra en forma vivida la tenacidad con que San Pablo defendió lo que le había sido confiado, y su total dedicación a la promulgación de la verdad completa del evangelio. Porque, predicar otra doctrina es *metastrepsai to euangéliou toũ Christoũ* (pervertir el evangelio de Cristo, 1:7) haciendo *állon laesoũn* (otro Jesús, 2 Cor. 11:4). Hacer esto sería *eikaë episteúsate* (haber creído en vano, 1 Cor. 15:2; cf. 2 Cor. 4:3-6). Pero el propósito de San Pablo era presentarles a Cristo, para que estuviera realmente presente entre ellos, y así el evangelio pudiera tener su cumplimiento, su plena operación entre ellos (Rom. 15:19). G.K.